

**Torcuato Fernández-Miranda**

15/02/2013 • ABC • José Luis Balbín

POR ENRIQUE FERNÁNDEZ-MIRANDA Y LOZANA ENRIQUE FERNÁNDEZ-MIRANDA Y LOZANA DUQUE DE FERNÁNDEZ-MIRANDA

## TORCUATO FERNÁNDEZ-MIRANDA

«La huella que deja Torcuato es de absoluta lealtad a España y total devoción a S. M. el Rey, de habilidad política para el acuerdo y de profundo conocimiento jurídico que le permitieron diseñar una inimaginable operación política para llevar a España de la dictadura a la democracia, “de la ley a la ley”, como a él le gustaba decir»

EN 2015 se cumplirán cien años del nacimiento de Torcuato Fernández-Miranda y Hevia, catedrático de Derecho Constitucional, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, primer duque de Fernández-Miranda y caballero de la Orden del Toisón de Oro.

Su independencia, su no pertenencia a ningún partido político y su trabajo en la sombra, como inevitablemente aquellos tiempos imponían, han hecho que su figura sea apenas recordada.

Creo que llega el momento, cercano el centenario de su nacimiento, de poner en valor públicamente lo mucho que contribuyó, bajo la dirección de S. M. el Rey, a conformar la sociedad democrática en la que hoy vivimos los españoles.

Su relación con S. M. el Rey nace en 1960, cuando empieza a darle clases de Derecho Constitucional dentro de un grupo de catedráticos que lo inician en el mundo universitario, y desde aquellos primeros momentos la relación empieza a tener un punto de «clandestinidad» que les divierte extraordinariamente a los dos.

Y Torcuato comienza a hacer gestos, que en aquel entonces muy pocos saben interpretar o ni siquiera imaginar, que terminarían donde terminaron, en la «transición política».

Así, cuando es nombrado ministro secretario general del Movimiento, toma posesión del cargo, sorprendiendo a propios y ajenos, con camisa blanca y no con la camisa azul del uniforme del que pasaba a ser la segunda autoridad del Régimen. Hasta tal punto nadie entendió el gesto, que él mismo comentaba: «No les ha gustado a los de la camisa azul y no lo han entendido los de la camisa blanca...». Pero la Transición estaba en marcha.

Hablan sobre temas de tanto calado como el que S. M. el Rey le plantea cuando el general Franco le indica que debe jurar las Leyes Fundamentales para ser nombrado Príncipe de España, leyes en las que S. M. nunca cifró el futuro de España, pero que sabía que al jurarlas le obligaban.

Es ya entonces cuando Torcuato le expone que las Leyes Fundamentales, como cualquier norma jurídica, pueden reformarse o incluso derogarse, siempre que se sigan los cauces que el propio ordenamiento establece, y se lo concreta en su conocida frase

«de la ley a la ley». Se anticipa con ello veinte años a lo que sería luego la «Ley para la Reforma Política», redactada por él de su puño y letra, y entregada a Adolfo Suárez, como él decía, «cual un hijo expósito».

La relación llegó a ser tan estrecha, tan sólida, que después de aquella histórica reunión del Consejo del Reino pudo afirmar: «Estoy en condiciones de llevarle al Rey lo que el Rey me ha pedido».

Aparece en escena entonces, y sin que nadie lo esperase, Adolfo Suárez, al que Torcuato consigue poner en la terna que sería sometida a la consideración de S. M. para nombrar presidente del Gobierno.

Antes, Don Juan Carlos le pide a Torcuato que sea presidente de Gobierno, pero él le dice, reflexivo, que desde donde puede contribuir a toda la estrategia ya diseñada es desde la Presidencia de las Cortes, que llevaba aparejada la Presidencia del Consejo del Reino. Este último tenía que proponer la terna al Jefe del Estado para la elección del presidente del Gobierno; como presidente de las Cortes tendría que conseguir lo que casi parecía imposible, que las propias Cortes decidiesen el final del Régimen y su disolución efectiva. Y las dos cosas se iban a conseguir. Se pone en marcha la transición pacífica de la dictadura a la democracia, la tramitación parlamentaria de la Ley para la Reforma Política, y Torcuato, como presidente de las Cortes, continúa con sutiles cambios en el Reglamento y crea el procedimiento de urgencia que permite que la ley no pase por la Comisión de Leyes Fundamentales, donde, sin duda, habría sido paralizada.

Cuando deja de ser presidente de las Cortes, pues no se presenta con ningún partido a las elecciones de 1977, S. M. el Rey le distingue con el Ducado de Fernández-Miranda y le concede el Toisón de Oro, el primer nombramiento de caballero de la Orden que hace en su reinado.

Su participación como senador real en el debate de la Constitución es tan relevante como ignorada, y cuando manifiesta su desacuerdo con el Título VIII, con la ordenación territorial de España en nacionalidades y regiones, se le manda el recado desde el grupo parlamentario de la UCD, al que se había adscrito, de que «o se calla o se marcha». Y se marchó.

Rodolfo Martín Villa dijo, tiempo después, que la Transición podía compararse con la realización de una gran película en la que el Rey fue el empresario, Torcuato el autor y Adolfo el actor.

Las relaciones con Adolfo Suárez, que todo le debía y al que nunca nada le pidió, a partir de ese momento se deterioraron de forma irreversible, aunque yo creo que nunca fueron buenas del todo.

En una de las notas manuscritas que nos dejó, aparece una curiosa valoración, acompañada de los correspondientes dibujos, en la que dice: «Adolfo quiere que la relación que tenemos los dos con el Rey se dibuje como un triángulo equilátero; yo creo que es un triángulo isósceles, aunque en realidad es un triángulo escaleno».

Torcuato muere en Londres en el hospital de Saint Mary el 19 de junio de 1980, como consecuencia de una insuficiencia cardíaca congestiva. Tenía 64 años de edad.

Recuerdo que esa noche cenamos juntos, y que de vuelta a su hotel me dijo que había decidido no publicar sus memorias, que el momento nos los dejaba a sus hijos. Un buen número de ellas ya han empezado a ver la luz en el libro de mi hermana Pilar, «Lo que el Rey me ha pedido», publicado por Plaza & Janes.

S. M. el Rey le concede los máximos honores y celebra un funeral por su alma en la capilla del Palacio Real que él preside y al que asiste la Diputación de la Grandeza, y nosotros, su familia.

La huella que deja Torcuato es de absoluta lealtad a España y total devoción a S. M. el Rey, de habilidad política para el acuerdo y de profundo conocimiento jurídico que le permitieron diseñar una inimaginable operación política para llevar a España de la dictadura a la democracia, «de la ley a la ley», como a él le gustaba decir.

Nadie sobró, y ahora nos toca ser capaces de conservarla recordando a todos sus autores sin imperdonables exclusiones.